

en la pintura cristiana, un argumento de suyo tan dramático cual estas escenas referidas ya y pasadas entre Asuero, Amán, Mardoqueo y Esther. El interés que despertaban era vivísimo y el teatro buscará siempre por principal incentivo á sus creaciones el indispensable interés.

Había, para que tal asunto prevaleciese, una razón circunstancialísima. El poeta estaba entre los ornamentos y preseas de la corte. Imposible que un rey absoluto dejara crecer grandeza ninguna lejos de su mano. El primero de los predicadores, Bossuet, era su predicador; el primero de los cómicos, Molière, era su cómico; el primero de los trágicos, Racine, era su trágico. Y muchas veces daba, según sus caprichos, argumentos y temas á estos excelsos autores. Allá, en los días de su vejez, habíase dejado el propio albedrío en manos de una señora que representaba con perfidia y destreza la reacción religiosa en Francia. Necesitado siempre de amar Luis XIV, amaba en sus postrimerías á esta señora, unida con él por aquella especie de matrimonio denominado en jerga cortesana matrimonio morgánico. Madame de Maintenón realmente no ceñía la corona ni llevaba el cetro, pero dirigía la política de Versalles como no la dirigieron jamás en las mocedades del rey, asaz lejanas entonces, ni sus innumerables queridas ni su modesta mujer. Viuda

la Maintenón de un poeta, que si bien paralítico en sus últimos años, retozaba mucho con las musas juguetonas, habíase de negro duelo vestido, y parecía envuelta en manteos y hábitos eclesiásticos. Si nuestro Ignacio de Loyola no repugnara tanto las mujeres en su orden, si hubiese admitido las jesuitas junto á los jesuitas, como junto á los franciscanos admitió la orden seráfica las franciscanas, indudablemente la Maintenón mereciera el excelso nombre de generala, como los más ilustres varones ascendidos al generalato. La misma suma de creencias místicas y fines utilitarios, los resortes mecánicos moviendo las acciones morales, la doblez y el disimulo, tantos ejercicios religiosos unidos á tantos ejercicios políticos, hacían de la regia esposa una jesuíta perfecta.

Nadie ignora cómo en el jesuitismo las representaciones materiales tienen una grande influencia religiosa. Aquellos célebres ejercicios de Loyola, precedidos por ayunos larguísimos, acompañados de maceraciones y penitencias, dispuestos para producir lo que hoy llamamos en el moderno lenguaje hipnotismo, redúcense á evocar de relieve el Evangelio, á poner como de bulto los personajes de la Pasión y creerse con ellos en una especie de comercio material é íntimo, cual sucede á un espectador con los actores dramáticos y con los dramas viva-

mente representados. Pues bien, así como Port-Royal significaba el seminario masculino de los varones ilustres opuestos al jesuitismo, Saint-Syr significaba el seminario femenino de jóvenes y hermosas mujeres consagradas al jesuitismo, dóciles instrumentos de la orden. Y en el jesuitismo alcanzaban mucha boga las representaciones materiales y hasta los modelos y los estudios clásicos. Sabido es que una parte considerable de la escuela ultramontana, indispuesta con los inmortales autores de Grecia y Roma, rechaza los estudios clásicos é imputa su extensión y valimiento entre las familias católicas al influjo en esta parte dañosísimo de los padres jesuitas. Por consecuencia, las célebres colegialas de Saint-Syr habían representado algunas obras clásicas, muy especialmente aquella célebre Andrómaca, modelo acabadísimo de viudas y esposas, admirablemente destacado en relieve de los viejos tiempos homéricos. Pero, dadas las escrúpulosidades é hipocresías de la orden, este mismo personaje de Andrómaca les pareció profano y este mismo amor legítimo les pareció dañoso. Querían y necesitaban un drama sin amor. ¿Pues qué drama y qué personaje buscaron para esto? ¡Parece imposible! No lo creyéramos á no verlo acreditado en relaciones y autores de aquellos tiempos; el drama y el personaje de la reina Esther, es decir, uno

de los más peligrosos que podían presentarse, porque todo el argumento estribaba, ó debía estribar, en las seducciones materiales de la reina Esther sobre su tirano el rey Asuero.

Sabido es cómo el clasicismo había exagerado las reglas y las convenciones. Los discursos más elocuentes, las piezas dramáticas más inspiradas en aquel tiempo, debían calcarse á una sobre principios aristotélicos más ó menos exactos por poéticas artificiales traducidos luégo en francés ó latín. Así, un argumento donde no hay catástrofe resueltamente al final y desenlace cruentísimo, no resultaba trágico en tantas artificiosas combinaciones como prevalecían á granel por aquella época. Muchos varones literarios, pues, de los que á la sazón abundaban, creían la Esther de Racine completamente fuera del género trágico y completamente falta de los caracteres pedidos por griegos y romanos á la tragedia. Ni el fatal destino de Amán, ni las carnicerías perpetradas por los judíos parecíanles cosa bastante trágica, por la muy sencilla razón de que no le pasaban todos estos duelos á los primeros protagonistas. El favorito Amán y sus partidarios persas, aun ahorcado el uno y los otros perseguidos y exterminados á puñal, no constaban en la regia estirpe donde iban reclutándose los antiguos personajes trágicos. Las

desgracias del vulgo no les parecían desgracias á los empingorotados legisladores de aquella literatura. Para que la desgracia interesara debía representarse, como en su teatro, en un trono, y caer como un rayo exterminador sobre la corona y sobre la cabeza de los reyes. Como aquí los personajes desgraciados eran un favorito y sus partidarios, como las escenas luctuosas de suyo se referían á individuos de orden secundario y no á reyes, aquellos artificiosos sastres literarios desechaban el género á causa de no atenerse con rigor á los recortes y trazos del patrón.

Sin embargo, Racine había puesto en tal obra toda su ternura. La nota dulce y melodiosísima levantábase dominándolo todo. Como hay ciertos climas favorables á las lluvias, hay ciertas almas favorables á las lágrimas. Madame de Maintenón se burlaba del poeta diciendo que le gustaba mucho asistir á las tomas de velos en los conventos para encontrar un pretexto de lloro por las pobres y sacrificadas muchachas. Pero lo cierto es que aquel Condé, á quien tantas veces la victoria se rindiera, lloró en la primera célebre representación de la reina Esther, demostrando así cuánto de ternura y de poesía pusiera en su obra el tierno y poético Racine. Para no darle ningún aspecto sombrío y para no desconcertar lo armonioso de su

gusto, Racine prescinde nada menos que de cosa tan especial y característica como el banquete de los ciento y tantos días y de tan trágicos episodios como el degüello de los persas por mano de los judíos. Sólo á un genio empeñado en falsearlo todo para ponerlo consonante con su melancólica ternura puede ocurrírsele cosa tan extraña cual convertir los palacios de Oriente, los déspotas asiáticos, los festines babilónicos, las intrigas de los eunucos, las mujeres de los harenes, las horcas de los Amanes y las matanzas de los persas en tranquilos y tiernos idilios. Como la espontaneidad no estaba en el genio de tales poetas, completamente sometidos á lo convencional y artificioso, más retóricos que inspirados y originales, Racine había copiado los coros para la Esther alegre suya de la Hécuba triste. Por manera que sacado el fondo en su teatro de las narraciones bíblicas, y sacada la forma de los autores clásicos, poco le quedaba, en suma y en último término, á él. No tenía remedio. Imitar á los antiguos en sus obras, en sus leyes obedecerlos, en sus modelos copiarlos, en sus convenciones seguirlos, resultaba una especie de imperiosa necesidad para quienes habían venido al mundo en tiempos bien serviles y estaban destinados por el cielo á plantas parásitas de un trono, abrigadas entre las cuatro paredes asfixiantes de las regias estufas.



Racine reina é impera, porque hay en él una calidad bien distintiva y bien alta, la grande modificación que ha llevado á la lengua francesa. El francés no alcanzó en los poetas y en los tiempos anteriores la suavidad y la melodía conseguidas en los tiempos de Racine. Este poeta representa en el siglo décimoséptimo algo de lo que representa entre nosotros Garcilaso en el siglo décimosexto. Habrá volado éste del Tajo á Sicilia y seguido las imitaciones clásicas propias del Renacimiento; su musa reproducirá la musa de Teócrito y de Virgilio; las églogas pastoriles antiguas pasarán á sus églogas dulcísimas sin perder ni coma ni tilde; pero empleará una lengua tan suave y melodiosa, un verso de tal rima, un estilo de tanta placidez, que los españoles nos holgaremos á la continua con oirlo, y su nombre quedará de luminar fijo en el cielo esplendoroso de nuestras letras y de nuestras artes. Lo mismo, exactamente lo mismo Racine. Aquel su francés resulta una tan viva melodía, que la oreja se goza en escucharlo y en seguir el compás de sus suaves cadencias. Todos los autores antiguos, tanto poetas como prosistas, tienen una superior energía que acaso priva más en las voluntades fuertes y en los ánimos varoniles; ninguno tiene, pero ninguno, sus melodiosas consonancias y su ritmo dulcísimo. Unción, piedad, belleza, todo esto se halla

en la tragedia raciniana, muy discordante con la verdad histórica, pero muy concordante con la naturaleza y compleción del poeta. Poned su corte artificiosísima en el escenario convencional de un palacio versallés, entre jardines cortados á tijera y estatuas rematadas por pelucas, dentro de sitios donde sufren hasta las aguas el martirio de la etiqueta y hacen hasta los árboles litúrgicas cortesías, y decidme si no tuviera Racine, después de haber pasado por estas convenciones y después de haberse adscrito á estas caprichosidades violentas del despotismo, si no tuviera la melodiosa voz de sus versos y la cadencia música de sus ritmos y aquellas deliciosas armonías, cómo hubiéramos podido colocarlo en los altares donde rinden los tiempos y las generaciones culto verdadero al genio.

Dícese que, además de las cualidades externas, lucía en estos libros Racine por alusiones continuas á la política y á los personajes de su tiempo. En efecto, cierta noche hallábase presente á la representación de aquella tragedia raciniana un hijo de reyes, Jacobo II, nacido en el trono y lanzado al destierro, vuelto al trono segunda vez y después de haberse colocado en las sienes la corona de su padre muerto en el cadalso, nuevamente caído y aplastado bajo la pesadumbre de una inmensa fatalidad. En obras de aquel tiempo, en la sublime

oración pronunciada por Bossuet honrando sobre su cadáver amortajado la memoria de Enriqueta de Inglaterra, se hallan acentos quizás mucho más patéticos para expresar las desgracias trágicas de los reyes que en los versos convencionales de la reina Esther. La tierra embebe muchas lágrimas y mucha sangre, y sus espacios en alto grado se prestan á la tragedia; todos nacemos á una con peso abrumador sobre las espaldas y con espesísimas nubes de tristeza en la frente, víctimas propiciatorias del universal fatalismo. ¡Ah! Lo que realmente hay de grandioso en Racine es la repetición suya del habla de los profetas. Estos grandes hombres fueron los primeros en advertir que todo despotismo canceraba las entrañas de nuestro suelo y atraía la cólera de Dios. Sobre aquellos palacios de mármol, sobre aquellos colosos de granito, sobre aquellos altares donde se adoraba la fuerza mecánica, sobre aquellas castas en que los sacerdotes y los guerreros se juntaran, habían los profetas lanzado el relámpago de su palabra, y con la virtud y con la eficacia espiritual de cosa tan etérea é impalpable derribaron cosas tan materiales y tan fuertes como la idolatría y el despotismo.;

En los tribunos modernos difícilmente hallaréis invectivas tan sublimes como las lanzadas por Isaías sobre la frente de los déspotas caldeos, en

ninguno de los políticos vías tan seguras para salir de todos los cautiverios como en las sublimes visiones del profeta Ezequiel. Desgraciados, hacen de su desgracia la piedra donde se toca el oro y donde se afila el acero; cautivos, hacen de su cautiverio el preciado altar de su derecho. Con las manos atadas á la espalda y con los piés taladrados por los abrojos del camino, convierten su faz radiante hacia los déspotas que caen á una con sólo verlos y llenan el aire de las cortes paganas é idólatricas con un soplo que no pueden ellas resistir porque no respiran esos monstruos allí donde se dilata el aire puro de las ideas progresivas. Cae Tiro, cae Babilonia, cae Nínive, cae Persépolis, á pesar de que todas las escuadras y todas las legiones del mundo se habían puesto en derredor suyo para defenderlas y para salvarlas, mientras los tribunos, de sayal vestidos, de cilicio taladrados, con sus piés ensangrentadísimos, con sus manos atadas á las espaldas, el grillete al tobillo, la ceniza y el polvo en la cabeza, levantan sobre tantas ruinas un Dios que prevalece, triunfando con él un principio por excelencia humano, el principio de libertad. No se pueden aglomerar más fuerzas que las aglomeradas por aquellos imperios asiáticos; no se pueden esgrimir más armas que las por ellos esgrimidas; no se pueden levantar muros más altos y

sobre tales muros no se pueden poner torres tan fuertes y ceñudas. Cuando aquello no ha resistido, cuando aquello no ha triunfado, nada resiste al ideal y nada tampoco del ideal triunfa. Los profetas y los sabios hebreos oponían el reino de Dios al reino de los hombres, el ideal á la realidad. Cier- to que todas estas oposiciones, en la vida real esta- llando, solían teñirse de las impurezas congénitas á la realidad, como hemos visto en la historia de Asuero y Esther; pero cierto también que allí don- de un pueblo libre se levanta y un derecho nuevo se aquista, después de largos combates, con ellos está, suceda lo que quiera, el espíritu de Dios.

ÍNDICE

	Páginas.
Urvasia	5
Natalikia	59
Damayantia	79
Kumarita	127
Kouanyin	203
Semiramis	241
Esther	319

